



Sobre la Violencia

Por J. Miguel Ibáñez Langlois

593832

En el último número de la revista "Dilemas" viene un lúcido y audaz ensayo de Jorge Millas sobre "Las máscaras filosóficas de la violencia". Vale la pena detenerse en sus ideas, de tanta actualidad en el país y en el mundo. La violencia ha andado siempre enredando los asuntos humanos, comprueba Millas; pero lo que es propio de nuestra época es su manejo filosófico: hoy, como nunca antes, se la consagra como un valor y se le procura una metafísica, al hilo del pensamiento irracionalista.

Aunque el concepto de violencia "tiene como centro la simple noción de fuerza, no se reduce a ella. También connota determinaciones cuantitativas, como la de grado; lógicas, como la de legitimidad; axiológicas, como la de injusticia; psicológicas, como la de temor; pragmáticas, como las de absolutismo y sujeción". Pero lo que preocupa más a nuestro autor es el problema de su valoración, tarea de la filosofía. Al convertirse ciertas filosofías en ideologías, sus ideas pierden así la fuerza cognoscitiva y se transforman en estímulos afectivos, que sirven ulteriormente para encubrir y enmascarar la realidad.

Es lo que se ha hecho hasta la actualidad con la violencia, desde distintos frentes ideológicos: disimular su atrocidad en nombre de las grandes causas que se supone la justificarían, ya se trate de "la liberación de los pueblos" o "la grandeza de las naciones". "La filosofía de la violencia ha de partir de las víctimas a que la violencia se dirige, y tener en cuenta que el intento de ésta es anularlas mediante el sufrimiento. No debemos olvidar esto, sobre todo frente a la fraseología, que más que de filósofos empujados en describir para comprender, parece de magos encargados de oficiar un rito de conjuro".

La huella de Nietzsche, de Marx, de Sorel, de Sartre, de Marcuse, de la izquierda revolucionaria, pero también, por el otro lado, de Chamberlain, de Barrés, de Mussolini, de Spengler y de los existencialistas de derecha, se hace sentir en este tratamiento encubridor del problema. Se trata de justificar la violencia mediante altos fines que la víctima no

comprende o no quiere. El autor aporta aquí sugestivas comparaciones entre los argumentos del marxismo y los del fascismo. En virtud de ellos y de otros argumentos paralelos, "de la frágil materia anímica y corporal de la creatura humana, de su llaga y dolor surge, por las artes de esta verbosidad metafísica, el mayestático ser del Estado, con voluntad, espiritualidad, poderío y todo: un verdadero feiche". "Como si las víctimas no existieran, o, existiendo, carecieran de importancia, o, teniéndola, fueran sólo factores abstractos de abstractas ecuaciones históricas".

En todos los casos, se trata del subterfugio ideológico que permite no ver a la víctima, hacerla transparente, para ver a su través sólo el fin redentor elegido por el victimario. Con razón afirma Millas que este subterfugio reuera, en una nueva forma, la vieja falacia de que "el fin justifica los medios". El "medio" es nada menos que el propio ser humano, instrumentalizado por el sufrimiento, convertido en puro expediente de los fines admitidos por quienes ejercen la violencia. Esta no implica sólo la aniquilación física del adversario sino también su posible anulación intelectual y moral. "Su objetivo consiste, en efecto, en imponer el pensamiento y las valoraciones del victimario y en privar a la víctima del derecho a contraponer los suyos y, por tanto, a comportarse como persona en esa coyuntura".

Millas conoce muy bien el límite de todo esfuerzo encaminado a suprimir la violencia. Lo que propone en su ensayo es juzgarla éticamente, sustraerle ese aparente fundamento moral que la justifica, desarticular la "moral" —confusa y contradictoria— que está en la base de su ejercicio. En ello se juega nuestra humanidad. "Quizá si lo único que justifique el apelativo de "espiritual" que damos al hombre sea la capacidad que tiene de verse en su miseria y de reconocerse en la condición de bestia corrompida que suele imponerse en el trato con otros hombres. Porque entonces sí se agudiza su conciencia y surge ante él, como si fuera, el llamado de otro mundo, la voz del ideal, del bien posible, que no es

sólo un imperativo de amor, sino también de inteligencia. Gracias a esa conciencia el hombre no es mera naturaleza y puede ser tan antinatural como para convertirse en legislador, sabio o artista".

O santo, o místico, o predicador, diríamos, esbozando un pensamiento que Millas no formula, porque se detiene en el dominio filosófico o moral. Digamos, completando por nuestra cuenta su pensamiento, que en el instante de ese llamado la conciencia religiosa plantea, con una fuerza incondicional, el imperativo de no utilizar a las personas, de no provocarles un sufrimiento evitable, de no traicionar su hechura humana, y sobre todo, de no pretender la justificación de ese crimen por la invocación de falaces razones superiores, de las que se han dado tantas en la historia a la hora de coonestar la fuerza bruta. Pues, como acota Millas: "¡Ah, la Humanidad! ¡Tantas promesas se pueden hacer en su nombre! Se fantasma da vueltas y más vueltas al tornillo sin fin de la utopía". Lo cierto es que todas las ideologías de la violencia terminan por doblegar al hombre concreto, de carne y hueso, en aras de esos paraísos sociales que no llegan nunca, que nos remiten siempre a un nuevo y más lejano futuro.

El ensayo de Millas concluye con un llamado a la honestidad moral de la filosofía. Que la violencia exista en el mundo entero y que se la pretenda justificar, es un hecho. "Pero que la Filosofía se encargue de ayudar a esas leyes y justificar tal necesidad, cubriendo la fea desnudez del fenómeno con mantos de mala lógica y dudosas metafísicas, es otra cosa. No me parece tan candoroso, al fin y al cabo, que los filósofos, sin olvidar aquellos de *homo homini lupus*, nieguen el auxilio del pensamiento a algo que es por esencia la negación del pensamiento. Creo de mucho mayor candor que sean los propios filósofos quienes lo fortalezcan".

He aquí un penetrante ensayo, digno de ser meditado siquiera entre los aspirantes a filósofos, para que nunca se diga que entre nosotros el pensamiento aportó su falaz contribución a lo que nunca debiera darse en el seno de nuestra comunidad pensante.

Epimeluno. Sept. 26-IX-1946. P. III

Sobre la violencia [artículo] J. Miguel Ibáñez Langlois.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ibáñez Langlois, José Miguel, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sobre la violencia [artículo] J. Miguel Ibáñez Langlois.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile